Juan de Orellana les enviasen el niño; pero no quiso Feliciana pasar el disgusto que da el esperar, y así se le llevó consigo; con cuyo suceso quedáron todos alegres.

CAPITULO VI.

Prosiguen su viage: encuentran una vieja peregrina, y un Polaco que les cuenta la vida.

Quatro dias se estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los quales comenzáron á ver las grandezas de aquel santo monasterio: digo comenzáron, porque acabarlas de ver es imposible. Desde allí se fuéron á Truxillo, adonde asímismo fuéron agasajados de los dos nobles caballeros Don Francisco Pizarro y Don Juan de Orellana, y allí de nuevo refiriéron el suceso de Feliciana, y ponderáron al par de su voz su discrecion y el buen proceder de su hermano y de su padre, exâgerando Auristela los corteses ofrecimientos que Feliciana le habia hecho al tiempo de su

partida. La ida de Truxillo fué de allí á dos dias, la vuelta de Talavera, donde halláron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su orígen de muchos años ántes que Cristo naciese, reducida por los cristianos á tan buen punto y término, que si entónces se celebraba en honra de la diosa Vénus por la gentilidad, ahora se celebra en honra y alabanza de la Vírgen de las vírgenes. Quisieran esperar á verla, pero por no dar mas espacio á su espacio, pasáron adelante y se quedáron sin satisfacer su deseo. Seis leguas se habrian alongado de Talavera, quando delante de sí viéron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola, y excusóles el darla voces á que se detuviese, el haberse ella sentado sobre la verde yerba de un pradecillo, ó ya convidada del ameno sitio, ó ya obligada del cansancio. Llegáron á ella y halláron ser de tal talle, que nos obliga á describirle: la edad, al parecer, salia de los términos de la mocedad, y tocaba en las márgenes de la vejez: el

rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzara á verle las narices, porque no las tenia sino tan chatas y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna de ellas: los ojos les hacian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella: el vestido era una esclavina rota que le besaba los calcañares; sobre la qual traía una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto y despedazado no se podia distinguir, si de cordoban, ó si de badana fuese: ceñíase con un cordon de esparto, tan abultado y poderoso, que mas parecia gumena de galera que cordon de peregrina: las tocas eran bastas, pero limpias y blancas: cubríale la cabeza un sombrero viejo sin cordon ni toquilla, y los pies unos alpargates rotas; y ocupábale la mano un bordon hecho á manera de cayado con una punta de acero al fin: pendíale del lado izquierdo una calabaza de mas que de mediana estatura, y apesgábale el cuello un rosario, cuyos padre nuestros eran mayores que algunas bolas de las

con que juegan los muchachos al argolla. En efecto, toda ella era rota y toda penitente, y como despues se echó de ver toda de mala condicion. Saludáronla en llegando, y ella les volvió las saludes con la voz que podia prometer la chatedad de sus narices, que fué mas gangosa que suave. Preguntáronla adónde iba, y qué peregrinacion era la suya, y diciendo y haciendo, convidados como ella del ameno sitio, se le sentáron á la redonda. Dexáron pacer el bagage que les servia de recámara, de despensa y botillería, y satisfaciendo á la hambre, alegremente la convidáron, y ella respondiendo á la pregunta que la habian hecho, dixo: mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene á cuento para disculpar su ociosidad, y así me parece que será bien deciros, que por ahora voy á la gran ciudad de Toledo á visitar á la devota imágen del Sagrario, y desde allí me iré al Niño de la Guarda, y dando una punta como alcon No-

ruego, me entretendré con la santa Verónica de Jaen, hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de Abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra: tal es, segun he oido decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, á quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho, ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fixa y pintárosla con palabras, y ponérosla delante de la vista, para que comprehendiéndola viérades la mucha razon que tengo de alabárosla; pero esta es cárga para otro ingenio no tan estrecho como el mio. En el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en una galería está retratada esta fiesta con la puntualidad posible: allí está el monte, por mejor decir peñasco, en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa Imágen lla-

mada de la Cabeza, que tomó el nombre de la Peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y señero de otros montes, ni peñas que le rodeen: cuya altura será de hasta un quarto de legua, y cuyo circuito debe de ser de poco mas de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento siempre verde y apacible, por el humor que le comunican las aguas del rio Xándula, que de paso como en reverencia le besa las faldas. El lugar, la peña, la Imágen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y léjos, el solemne dia que he dicho, le hacen famoso en el mundo, y célebre en España sobre quantos lugares las mas extendidas memorias se acuerdan. Suspensos quedáron los peregrinos de la relacion de la nueva, aunque vieja peregrina, y casi les comenzó á bullir en el alma la gana de irse con ella á ver tantas maravillas; pero la que llevaban de acabar su camino, no dió lugar á que nuevos deseos lo impidiesen.

Desde allí prosiguió la peregrina : no sé que viage será el mio, aunque sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se usan. A lo que dixo Antonio el padre : paréceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion. Eso no, respondió ella, que bien sé que es justa, santa y loable, y que siempre la ha habido y la ha de haber en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen grangería de la santidad y ganancia infame de la virtud loable : con aquellos digo que saltean la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas aunque pudiera. En esto por el camino real que junto á ellos estaba viéron venir un hombre á caballo, que llegando á igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hacerles cortesía, habiendo puesto la cabalgadura, como despues pareció, la mano en un hoyo, dió consigo y con su dueño al través una gran caida : acudiéron todos luego á socor-

rer al caminante, que pensáron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cabalgadura, que era un poderoso macho, y al dueño le abrigáron lo mejor que pudiéron, y le socorriéron con el remedio mas ordinario que en tales casos se usa, que fué darle á beber un gran golpe de agua; y hallando que su mal no era tanto como pensaba, le dixéron que bien podia volver á subir y á seguir su camino, el qual hombre les dixo: quizá, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo haya caido en este llano, para poder levantarme de los riesgos donde la imaginacion me tiene puesta el alma. Yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais que soy extrangero, y de nacion polaco. Muchacho salí de mi tierra y vine á España como á centro de extrangeros, y á madre comun de las naciones: serví á españoles, aprendí la lengua castellana de la manera que veis que la hablo, y llevado del general deseo que todos tienen de ver tierras, vine á Portugal á ver la gran

ciudad de Lisboa, y la misma noche que entré en ella me sucedió un caso, que si le creyéredes hareis mucho, y si no no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento aunque sea en sí misma. Admirados quedáron Periandro, Auristela, y los demas compañeros de la improvisa y concertada narracion del caido caminante, y con gusto de escucharle, dixo Periandro que prosiguiese en lo que decir queria, que todos le darian crédito, porque todos eran corteses, y en las cosas del mundo experimentados. Alentado con esto el caminante, prosiguió diciendo: digo que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles, ó *ruas*, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me habia parecido bien una donde me habia apeado, al pasar de un lugar estrecho y no muy limpio, un embozado portugues con quien encontré me desvió de sí con tanta fuerza, que tuve necesidad de arrimarme al suelo. Despertó el agravio la cólera, remití

mi venganza á mi espada, puse mano, púsola el portugues con gallardo brio y desenvoltura, y la ciega noche, y la fortuna mas ciega á la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adonde, encaminó la punta de mi espada á la vista de mi contrario, el qual dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios sabe. Luego me representó el temor lo que habia hecho: pasméme, puse en el huir mi remedio: quise huir, pero no sabia adonde; mas el rumor de la gente que me pareció que acudia me puso alas en los pies, y con pasos desconcertados volví la calle abaxo buscando donde esconderme, ó adonde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiese, no me hallase con manifiestos indicios de mi delito. Yendo pues así ya del temor desmayado, vi una luz en una casa principal, y arrojéme á ella sin saber con que designio: hallé una sala baxa abierta y muy bien aderezada, alargué el paso, y entré en otra quadra tambien bien aderezada, y llevado de la luz que en otra quadra parecia, hallé en un rico le-

cho echada una señora, que alborotada, sentándose en él, me preguntó ¿quién era, qué buscaba, y adónde iba, y quién me habia dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto. Yo le respondí: señora, á tantas preguntas no os puedo responder, sino solo con deciros que soy un hombre extrangero, que á lo que creo dexo muerto á otro en esa calle, mas por su desgracia y su soberbia que por mi culpa: suplícoos por Dios, y por quien sois, que me escapeis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo. ¿Sois castellano? me preguntó en su lengua portuguesa: no señora, le respondí yo, sino forastero, y bien léjos de esta tierra. Pues aunque fuérades mil veces castellano, replicó ella, os librara yo si pudiera, y os libraré si puedo. Subid por encima de este lecho, y entraos debaxo de este tapiz, y entraos en un hueco que aquí hallaréis, y no os movais, que si la justicia viniere me tendrá respeto, y creerá lo que yo quisiere decirles. Hice luego lo que me mandó,

alcé el tapiz, hallé el hueco, estreché-me en él, recogí el aliento, y comencé á encomendarme á Dios lo mejor que pude: y estando en esta confusa aflic-cion, entró un criado de casa diciendo casi á gritos: señora, á mi señor Don Duarte han muerto: aquí le traen pasa-do de una estocada de parte á parte por el ojo derecho, y no se sabe el mata-tador, ni la ocasion de la pendencia, en la qual apénas se oyéron los golpes de las espadas: solamente hay un muchacho que dice que vió entrar un hombre hu-yendo en esta casa. Ese debe de ser el ma-tador sin duda, respondió la señora, y no podrá escaparse: quántas veces temia yo, ¡ay desdichada! ver que traian á mi hijo sin vida, porque de su arro-gante proceder no se podian esperar si-no desgracias. En esto en hombros de otros quatro entráron al muerto, y le tendiéron en el suelo delante de los ojos de la afligida madre, la qual con voz lamentable comenzó á decir: ¡ay ven-ganza, y como me estás llamando á las puertas del alma! pero no consiente que

responda á tu gusto el que yo tengo de guardar mi palabra! ¡Ay con todo esto dolor que me aprietas mucho! Considerad, señores, qual estaria mi corazon oyendo las apretadas razones de la madre, á quien la presencia del muerto hijo me parecia á mí que le ponia en las manos mil géneros de muertes con que de mí se vengase: que bien estaba claro que habia de imaginar que yo era el matador de su hijo. ¿Pero que podia yo hacer entónces sino callar, y esperar en la misma desesperacion? Y mas quando entró en el aposento la Justicia, que con comedimiento dixo á la señora: guiados por la voz de un muchacho, que dice que se entró en esta casa el homicida de este caballero, nos hemos atrevido á entrar en ella. Entónces yo abrí los oidos, estuve atento á las respuestas que daria la afligida madre, la qual respondió llena el alma de generoso ánimo, y de piedad cristiana: si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no á lo ménos en esta estancia; por allá le pueden buscar, aunque plegue á Dios que no le

hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y mas quando las injurias no proceden de malicia. Volvióse la Justicia á buscar la causa, y volviéron en mí los espíritus, que me habian desamparado. Mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajasen, y desde luego diesen órden en su sepultura: mandó asímismo que la dexasen sola, porque no estaba para recibir consuelos, y pésames de infinitos que venian á dárselos, así de parientes, como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamó á una doncella suya, que á lo que pareció debió de ser de la que mas se fiaba; y habiéndola hablado al oido, la despidió, mandándole cerrase tras sí la puerta. Ella lo hizo así, y la señora sentándose en el lecho, tentó el tapiz, y á lo que pienso, me puso las manos sobre el corazon, el qual palpitando apriesa, daba indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo qual, me dixo con baxa y lastimada voz: hombre, quien quiera que seas, ya ves que me has quita-

do el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmente la vida que me sustentaba; pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra á mi venganza: y así en cumplimiento de la promesa que te hice de librarte quando aquí entraste, has de hacer lo que ahora te diré. Ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuido en abrir los ojos, no me obligues á que te conozca, y sal de ese encerramiento, y sigue á una mi doncella que ahora vendrá aquí, la qual te pondrá en la calle, y te dará cien escudos de oro con que facilites tu remedio: no eres conocido, no tienes ningun indicio que te manifieste, sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delinqüente. En esto volvió la doncella, yo salí detras del paño cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas besé el pie de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella, que asímismo callando me asió del brazo, y por la puerta falsa de un

jardin, á escuras me puso en la calle, En viéndome en ella, lo primero que hice fué limpiar la espada, y con sosegado paso salí acaso á una calle principal, de donde reconocí mi posada y me encontré en ella, como si por mí no hubiera pasado ni próspero suceso ni adverso. Contóme el huesped la desgracia del recien muerto caballero, y así exâgeró la grandeza de su linage, como la arrogancia de su condicion, de la qual se creía le habria grangeado algun enemigo secreto, que á semejante término le hubiese conducido. Pasé aquella noche dando gracias á Dios de las recibidas mercedes, y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo cristiano, y admirable proceder de Doña Guiomar de Sosa, que así supe se llamaba mi bienhechora. Salí por la mañana al rio, y hallé en él un barco lleno de gente que se iba á embarcar en una gran nave que en San Gian estaba de partida para las Indias orientales. Volvíme á mi posada, vendí á mi huésped la cabalgadura, y cerrando todos mis discursos en

el puño, volví al rio y al barco, y otro dia me hallé en el gran navío fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba. Quince años he estado en las Indias, en los quales, sirviendo de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudiera hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nacion portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos. Allí grangeé algun oro y algunas perlas, y cosas mas de valor que de bulto; con las quales, y con la ocasion de volverse mi general á Lisboa, volví á ella, y de allí me puse en camino para volverme á mi patria, determinando ver primero todas las mejores y mas principales ciudades de España. Reducí a dineros mis riquezas, y á pólizas lo que me pareció ser necesario para mi camino, que fué el que primero intenté venir á Madrid, donde estaba recien venida la corte del gran Felipe III; pero ya mi

suerte, cansada de llevar la nave de mi ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diese en un baxío que la destrozase toda: y así hizo que en llegando una noche á Talavera, un lugar que no está léjos de aquí, me apeé en un meson, que no me sirvió de meson, sino de sepultura, pues en él hallé la de mi honra. ¡O fuerzas poderosas de amor, de amor digo inconsiderado, presuroso y lascivo, y mal intencionado, y con quanta facilidad atropellas designios buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo pues que estando en este meson, entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años, á lo ménos á mí no me pareció de mas, puesto que despues supe que tenia veinte y dos: venia en cuerpo, y en trenzado, vestida de paño, pero limpísima; y al pasar junto á mí me pareció que olía á un prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dexó atras las aromas de Arabia: llegóse la qual á un mozo del meson, y hablándole al oido,

alzó una gran risa, y volviendo las espaldas, salió del meson y se entró en una casa frontera. El mozo mesonero corrió tras ella, y no la pudo alcanzar, sino fué con una coz que le dió en las espaldas que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa. Esto vió otra moza del mismo meson, y llena de cólera, dixo al mozo: por Dios, Alonso, que lo haces mal, que no merece Luisa que la santigües á coces. Como esas le daré yo si vivo, respondió el Alonso: calla, Martina amiga, que á estas mocitas sobresalientes no solamente es menester ponerlas la mano, sino los pies y todo, y con esto nos dexó solos á mí y á Martina, á la qual le pregunté que qué Luisa era aquella, y si era casada ó no. No es casada, respondió Martina, pero serálo presto con este mozo Alonso que habeis visto, y en fe de los tratos que andan entre los padres de ella y los de él de esposa, se atreve Alonso á molella á coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son sin que ella las merezca: porque si va á decir la verdad,

señor huésped, la tal Luisa es algo atrevidilla, y algun tanto libre y descompuesta. Harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dexará de seguir su gusto si la sacan los ojos; pues en verdad en verdad, que una de las mejores dotes que puede llevar una doncella es la honestidad: que buen siglo haya la madre que me parió, que fué persona que no me dexó ver la calle ni aun por un agujero, quanto mas salir al umbral de la puerta. Sabia bien, como ella decia, que la muger y la gallina, &c. Dígame, señora Martina, le repliqué yo, ¿como de la estrecheza de ese noviciado vino á hacer profesion en la anchura de un meson? Hay mucho que decir en eso, dixo Martina. Y aun yo tuviera mas que decir de estas menudencias si el tiempo lo pidiera, ó el dolor que traygo en el alma lo permitiera.

CAPITULO VII.

Donde el polaco da fin á la narracion de su historia.

Con atencion escuchaban los peregrinos al peregrino quando del polaco ya deseaban saber qué dolor traía en el alma, como sabian el que debia de tener en el cuerpo, á quien dixo Periandro: contad, señor, lo que quisiéredes, y con las menudencias que quisiéredes, que muchas veces el contallas suele acrecentar gravedad al cuento: que no parece mal estar en la mesa de un banquete junto á un faysan bien adereçado, un plato de una fresca, verde y sabrosa ensalada. La salsa de los cuentos es la propiedad del lenguage en qualquiera cosa que se diga: así que, señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso y de Martina, acocead á vuestro gusto á Luisa: casadla, ó no la caseis, séase ella libre y desenvuelta como un cernícalo; que el toque

no está en sus desenvolturas, sino en sus sucesos, segun lo hallo yo en mi astrologia. Digo pues, señores, respondió el polaco, que usando de esa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la plana de vuestro juicio. Con todo el que entónces tenia, que no debia de ser mucho, fuí y vine una y muchas veces aquella noche á pensar en el donayre, en la gracia, y en la desenvoltura de la sin par, á mi parecer, ni sé si la llame vecina moza, ó conocida de mi huéspeda: hice mil designios, fabriqué mil torres de viento, caséme, tuve hijos, y dí dos higas al que dirán, y finalmente me resolví de dexar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera casado con la diosa vénus: que no ménos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero. Pasóse aquella noche, tomé el pulso á mi gusto, y halléle tal, que á no casarme con ella, en poco espacio de tiempo habia de perder, perdiendo el gusto, la vida que ya habia deposi-

tado en los ojos de mi labradora: y atropellando por todo género de inconvenientes, determiné de hablar á su padre pidiéndosela por muger. Enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, díxele alabanzas de mi ingenio y de mi industria, no solo para conservarlos, sino para aumentarlos: y con estas razones, y con el alarde que le habia hecho de mis bienes, vino mas blando que un güante á condescender con mi deseo: y mas quando vió que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento y satisfecho de este concierto. Quedó Alonso despachado, Luisa mi esposa rostrituerta, como lo diéron á entender los sucesos que de allí á quince dias acontecièron con dolor mio y vergüenza suya: que fuéron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros mios, con los quales, y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad y en los pies, desapareció de Talavera, dexándome burlado y arrepentido, y dando ocasion al pueblo á que de su inconstancia y

bellaquería en corrillos hablasen. Hízome el agravio acudir á la venganza; pero no hallé en quien tomarla sino en mí propio, que con un lazo estuve mil veces por ahorcarme; pero la suerte, que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos me guarda, ha ordenado que mis enemigos hayan parecido presos en la cárcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya á ponerles la demanda, y á seguir mi justicia; y así voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado y consumido. Vive Dios que han de morir: vive Dios que me he de vengar: vive Dios que ha de saber el mundo, que no sé disimular agravios, y mas los que son tan dañosos, que se entran hasta las médulas del alma. A Madrid voy, ya estoy mejor de mi caida, no hay sino ponerme á caballo, y guárdense de mí hasta los mosquitos del ayre, y no me lleguen á los oidos ni

ruegos de frayles, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dádivas de ricos, ni imperios, ni mandamientos de grandes, ni toda la caterva que suele proceder á semejantes acciones: que mi honra ha de andar sobre su delito, como el aceyte sobre el agua. Y diciendo esto, se iba á levantar muy ligero para volver á subir á seguir su viage; viendo lo qual Periandro, asiéndole del brazo le detuvo, y le dixo: vos, señor, ciego de vuestra cólera, no echais de ver que vais á dilatar, y á extender vuestra deshonra. Hasta ahora no estais mas deshonrado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y ahora vais á serlo de los que os conocerán en Madrid. Quereis ser como el labrador que crió la víbora serpiente en el seno todo el invierno, y por merced del cielo quando llegó el verano, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló, porque se habia ido; el qual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso

irla á buscar, y volverla á anidar en su casa, y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le está bien hallar; y á lo que comunmente se dice, que al enemigo que huye, la puente de plata: y el mayor que el hombre tiene, suele decirse que es la muger propia; pero esto debe de ser en otras religiones que en la cristiana, entre las quales los matrimonios son una manera de concierto y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa, ú otra alguna heredad; pero en la religion católica el casamiento es sacramento, que solo se desata con la muerte, ó con otras cosas que son mas duras que la misma muerte, las quales pueden excusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshacer el nudo con que ligados fuéron. ¿Qué pensais que os sucederá quando la justicia os entregue á vuestros enemigos atados y rendidos encima de un teatro público, á la vista de infinitas gentes, y á vos blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como

si pudiera su sangre limpiar, como vos decís, vuestra honra? ¿Que os puede suceder, como digo, sino hacer mas público vuestro agravio? porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas, y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pie, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, á lo ménos en tanto que vive el agraviado. Así que, señor, volved en vos, y dando lugar á la misericordia, no corrais tras la justicia; y no os aconsejo por esto á que perdoneis á vuestra muger para volverla á vuestra casa, que á esto no hay ley que os obligue: lo que os aconsejo es, que la dexeis, que es el mayor castigo que podreis darle. Vivid léjos de ella, y vivireis, lo que no hareis estando juntos, porque moriréis continuo. La ley del repudio fué muy usada entre los Romanos, y puesto que seria mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso á la paciencia, y poner en un punto extre-

mado á la discrecion, de la qual pocos se pueden fiar en esta vida: y mas quando la contrastan inconvenientes tantos y tan pesados. Y finalmente quiero que consideréis que vais á hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca. Atento estuvo á estas razones de Periandro el colérico polaco, y mirándole de hito en hito, respondió: tú, señor, has hablado sobre tus años: tu discrecion se adelanta á tus dias, y la madurez de tu ingenio á tu verde edad: un ángel te ha movido la lengua, con la qual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo, sino es la de volverme á mi tierra á dar gracias al cielo por la merced que me has hecho: ayúdame á levantar, que si la cólera me volvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia. Eso harémos todos de muy buena gana, dixo Antonio el padre: y ayudándole á subir en el macho, abrazándoles á todos primero, dixo que que-

ria volver á Talavera á cosas que á su hacienda tocaban: y que desde Lisboa volveria por la mar á su patria. Díxoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondia en castellano á Martin Banedre, y ofreciéndoseles de nuevo á su servicio, volvió las riendas hácia Talavera, dexando á todos admirados de sus sucesos, y del buen donayre con que los habia contado. Aquella noche la pasáron los peregrinos en aquel mismo lugar: y de allí á dos dias en compañía de la antigua peregrina llegáron á la Sagra de Toledo, y á vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas, y claro por sus líquidos cristales.

CAPITULO VIII.

De como los peregrinos llegáron á la villa de Ocaña, y el agradable suceso que les avino en el camino.

No es la fama del Tajo tal que la cierren límites, ni la ignoren las mas remo-

tas gentes del mundo; que á todos se extiende, y á todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle: y como es uso de los septentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina, y en los antiguos poetas, éralo asímismo Periandro, como uno de los mas principales de aquella nacion: y así por esto, como por haber mostrádose á la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamas alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leido, mirado y admirado, así como vió al claro rio, dixo: no dirémos: *aquí dió fin á su cantar Salicio*, sino: aquí dió principio á su cantar Salicio: aquí sobrepujó en sus églogas á sí mismo: aquí resonó su zampoña, á cuyo son se detuviéron las aguas de este rio, no se moviéron las hojas de los árboles, y parándose los vientos diéron lugar á que la admiracion de su canto fuese de lengua en lengua, y de gente en gente por todas las de la tierra. ¡O venturosas, pues, cris-

talinas aguas, doradas arenas! ¿qué digo yo doradas? ántes de puro oro nacidas: recoged á este pobre peregrino, que como desde léjos os adora, os piensa reverenciar desde cerca: y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fué lo que dixo: ¡ó peñascosa pesadumbre, gloria de España, y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos, para volver á resucitar su muerta gloria, y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve, pues, ó ciudad santa, y da lugar, que en tí le tengan estos que venimos á verte. Esto dixo Periandro, que lo dixera mejor Antonio el padre, si tan bien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atencion, repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada, y con esto excede la leccion á la vista.

Casi en el mismo instante resonó en sus oidos el son de infinitos y alegres instrumentos, que por los valles que la ciudad rodea se extendian, y viéron venir hácia donde ellos estaban esquadrones no armados de infantería, sino montones de doncellas, sobre el mismo sol hermosas, vestidas á lo villano, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y asiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de las pechos, y se acogió á los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro. Venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores. Campeó aquel dia y en ellas, ántes la palmilla de Cuenca que el damasco de Milan y el raso de Florencia. Finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba á las mas ricas de la corte, porque si en ellas se mostraba la honesta medianía, se descubria asímismo la extremada limpieza: todas eran flores, todas rosas, todas do-

nayre. y todas juntas componian un honesto movimiento, aunque de diferentes bayles formado: el qual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos. Al rededor de cada esquadron andaban por defuera, de blanquísimo lienzo vestidos, y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ó ya sus parientes, ó ya sus conocidos, ó ya vecinos de sus mismos lugares: uno tocaba el tamboril y la flauta, otro el psalterio, éste las sonajas, y aquel los albogues, y de todos estos sones redundaba uno solo, que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música: y al pasar uno de estos esquadrones, ó junta de bayladoras doncellas por delante de los peregrinos, uno, que á lo que despues pareció era el Alcalde del pueblo, asió á una de aquellas doncellas del brazo, y mirándola muy bien de arriba á baxo, con voz alterada, y de mal talante, le dixo: Ah! Tozuelo, Tozuelo, y qué de poca vergüenza os acompaña! ¿bayles son estos para ser

profanados? ¿fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? no sé yo como consienten los cielos semejantes maldades: si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oir los sordos. Apénas acabó de decir esta palabra el Alcalde, quando llegó otro Alcalde, y le dixo: Pedro Cobeño, si os oyesen los sordos, sería hacer milagros: contentaos con que nosotros nos oigamos y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo: que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo, que le podré y sabré castigar. A lo que respondió Cobeño: el delinquimiento ya se vé, pues siendo varon va vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de doncella de su Magestad, en sus fiestas, porque veais, Alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa: témome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos; y no querria que el diablo hiciese de las suyas, y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendicio-

nes de la Iglesia, que ya sabeis que estos casorios hechos á hurtadillas, por la mayor parte paráron en mal, y dan de comer á los de la audiencia clerical, que es muy carera. A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se paráron á oir la plática: si va á decir la verdad, señores Alcaldes, tan marida es Mari Cobeña de Tozuelo, y el marido de ella, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre: ella está en cinta, y no está para danzar, ni baylar: cásenlos, y váyase el diablo para malo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Par Dios, hija, respondió Tozuelo, vos decis muy bien; entrámbos son iguales, no es mas cristiano viejo el uno que el otro, las riquezas se pueden medir con una misma vara. Agora bien, replicó Cobeño, llamen aquí á mi hija, que ella lo deslindará todo, que no es nada muda. Vino Cobeña, que no estaba léjos, y lo primero que dixo fué: ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caido en es-

tos barrancos: Tozuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdónenos Dios á entrámbos, quando nuestros padres no quisieren. Esto sí, hija, dixo su padre, la vergüenza por los cerros de Ubeda ántes que en la cara; pero pues esto está ya hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habeis querido dexar atras. Par diez, dixo la doncella primera, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo: dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta ahora, y queden para en uno, como lo manda la santa Iglesia nuestra madre: y vamos con nuestro bayle al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías. Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos los donceles, acabóse el pleyto, y pasó el bayle adelante; que si con esta brevedad se acabáran todos los pleytos, secas y peladas estuvieran las solícitas plumas de los escribanos. Quedáron Periandro y Auristela, y los demas peregrinos con-

tentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas, que parecian todas á una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza. No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio el padre, á quien aguijaba el deseo que tenia de ver á su patria y á sus padres que no estaban léjos, diciendo, que para ver las grandezas de aquella ciudad, convenia mas tiempo que el que su priesa les ofrecia. Por esta misma razon tampoco quisiéron pasar por Madrid, donde á la sazon estaba la corte, temiendo algun estorbo que su camino les impidiese. Confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la corte ciertos pequeños que tenian fama de ser hijos de grandes, que aunque páxaros noveles, se abatian al señuelo de qualquiera muger hermosa, de qualquiera calidad que fuese; que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura. A lo que añadió Antonio el

padre: de esa manera será menester que usemos de la industria que usan las grullas, quando mudando regiones pasan por el monte Limavo, en el qual las estan aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto; pero ellas previniendo este peligro, pasan de noche, y llevan una piedra cada una en la boca para que les impida el canto, y excusen de ser sentidas: quanto mas, que la mejor industria que podemos tener, es seguir la ribera de este famoso rio, y dexando la ciudad á mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos á Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria. Viendo la peregrina el designio del viage que habia hecho Antonio, dixo que ella queria seguir el suyo, que le venia mas á cuento. La hermosa Ricla le dió dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos cortés y agradecida. Nuestros peregrinos pasáron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la ad-

miracion y la alegría. Viéron iguales y extendidas calles, á quien servian de espaldas y arrimos los verdes é infinitos árboles, tan verdes, que las hacian parecer de finísimas esmeraldas: viéron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos rios Xarama y Tajo: contempláron sus sierras de agua, admiráron el concierto de sus jardines, y la diversidad de sus flores: viéron sus estanques, con mas peces que arenas, y sus esquisitos frutales, que por aliviar el peso á los árboles, tendian las ramas por el suelo. Finalmente Periandro tuvo por verdadera la fama que de este sitio por todo el mundo se esparcia. Desde allí fuéron á la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivian, y se informó de otras cosas que le alegráron, como luego se dirá.

CAPITULO IX.

Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso. Halla Antonio el bárbaro á sus padres: quédanse con ellos él y Ricla su muger; pero Antonio el mozo y Constanza prosiguen la peregrinacion en compañía de Periandro y Auristela.

Con los ayres de su patria se regocijáron los espíritus de Antonio, y con el visitar á nuestra Señora de Esperanza á todos se les alegró el alma. Ricla y sus dos hijos se alborozáron con el pensamiento de que habian de ver presto, ella á sus suegros, y ellos á sus abuelos, de quien ya se habia informado Antonio que vivian, á pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les habia causado. Supo asímismo como su contrario habia heredado el estado de su padre, y que habia muerto en amistad de su padre de Antonio, á causa que con infinitas pruebas, nacidas de la in-

trincada seta del duelo, se habia averiguado que no fué afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasáron fuéron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza á las palabras: y las que se dicen con las espadas desnudas, no afrentan puesto que agravian: y así el que quiere tomar venganza de ellas no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrará en este exemplo. Presupongamos que yo digo una verdad manifiesta: respóndeme un desalumbrado que miento y mentiré todas las vaces que lo dixere, y poniendo mano á la espada, sustenta aquella desmentida: yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de volver por la verdad que dixe, la qual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo: de modo que el desmentido de esta suerte puede entrar en campo con otro sin que se le ponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo

con nadie hasta que se satisfaga: porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta. En efecto, digo que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que pues ellos habian sido amigos, se habria bien mirado su causa. Con estas buenas nuevas, con mas sosiego y con mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, á quien contó todo aquello que de su negocio sabia, y que un hermano del que pensó ser su enemigo le habia heredado, y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto. Fué parecer de Antonio que ninguno saliese de su órden, porque pensaba darse á conocer á su padre, no de improviso, sino por algun rodeo que le aumentase el contento de hacerle conocido; advirtiendo que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un improviso pesar. De allí á tres dias llegáron al crepúsculo de la noche á su lugar y á la casa de su padre, el qual con su madre, segun despues pareció, estaba sentado á la puer-

ta de la calle tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano. Llegáron todos juntos, y el primero que habló fué Antonio á su mismo padre. ¿Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es cristiana la gente que le habita, respondió su padre, todas las casas de él son hospital de peregrinos; y quando otra no hubiera, esta mia, segun su capacidad, sirviera por todas. Prendas tengo yo por esos mundos adelante, que no sé si andarán agora buscando quien las acoja. ¿Por ventura, señor, replicó Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no vive un apellido de unos hidalgos, que se llaman Villaseñores? Dígolo, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien léjos de esta tierra, que si él estuviera en esta, no nos faltara posada á mí ni á mis camaradas. ¿Y como se llamaba, hijo, dixo su madre, ese Villaseñor que decís? Llamábase Antonio, replicó Antonio; y su padre, segun me acuerdo, me dixo que

se llamaba Diego de Villaseñor. ¡Ay señor! dixo la madre, levantándose de donde estaba, que ese Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia ha al pie de diez y seis años que falta de esta tierra: comprado le tengo á lágrimas, pesado á suspiros, y grangeado con oraciones: plegue á Dios que mis ojos le vean ántes que les cubra la noche de la eterna sombra. Decidme, dixo, ¿ha mucho que le vistes, ha mucho que le dexastes, tiene salud, piensa volver á su patria, acuérdase de sus padres, á quien podrá venir á ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hiciéron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaba el anciano padre de Antonio, y llamando á grandes voces á sus criados, les mandó encender luces, y que metiesen dentro de casa á aquellos honrados peregrinos: y llegándose á su no conocido hijo, le abrazó estrechamente, diciéndole: por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera y

asímismo, que tenia barrunto
mi hermano Periandro habia
aquella sima, á quien no hab
hablar por la priesa que los b

para certificarse de la verdad, pues se hallaba en hábitos de hombre, y que así rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estorbaban, salió con su intento, y se entregó de toda su voluntad para ser sacrificada de los bárbaros, persuadiéndose ser bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte con traerla á peligro de perderla por momentos: y que no tenia mas que decir, pues sabian lo que desde aquel punto le habia sucedido. Bien quisiera el anciano Villaseñor que todo esto se añadiera al lienzo; pero todos fuéron de parecer que no solamente se añadiese, sino que aun lo pintado se borrase, porque tan grandes y tan no vistas cosas no eran para andar en lienzos débiles, sino en láminas de bronce escritas, y en las memorias de las gentes grabadas. Con todo eso quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos, y la sin igual hermosura y gallardía de Auristela y Periandro. Algunos dias se pasáron poniendo en órden su

partida para Roma, deseoso de ver cumplidos los votos de su promesa. Quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni ménos la nueva condesa, que como queda dicho, la aficion que á Auristela tenia la llevara no solamente á Roma, sino al otro mundo, si para allá se pudiera hacer viage en compañía. Llegóse el dia de la partida, donde hubo tiernas lágrimas y apretados abrazos, y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que en ver partir á sus hijos se le partia el alma. Echóles su bendicion su abuelo á todos: que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerogativa de mejorar los sucesos. Lleváron consigo á uno de los criados de casa para que los sirviese en el camino, y puestos en él dexáron soledades en su casa y padres, y en compañía entre alegre y triste siguiéron su viage.

CAPÍTULO X.

De lo que pasó con unos cautivos fingidos que encontráron.

Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos, y como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean. Bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda donde será bien anudarle: porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia. Acciones hay que por grandes deben callarse, y otras que por baxas no deben decirse; puesto que es excelencia de la historia, que qualquiera cosa que en ella se escriba, puede pasar al sabor de la verdad que trae consigo; lo que no tiene la fábula, á quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verosimilitud, que á despe-

cho y pesar de la mentira que hace disonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía. Aprovechándome, pues, de esta verdad, digo, que el hermoso esquadron de los peregrinos, prosiguiendo su viage, llegó á un lugar no muy pequeño, ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza de él, por quien forzosamente habian de pasar, viéron mucha gente junta, todos atentos mirando y escuchando á dos mancebos que en trage de recien rescatados de cautivos estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenian tendido en el suelo. Parecia que se habian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto á sí, insignias y relatoras de su pasada desventura: y uno de ellos, que debia de ser de hasta veinte y quatro años, con voz clara, y en todo extremo experta lengua, crugiendo de quando en quando un corvacho, ó por mejor decir azote que en la mano tenia, le sacudia de manera que penetraba los oidos y ponia los estallidos en el cielo; bien así como

hace el cochero, que castigando ó amenazando á sus caballos, hace resonar su látigo por los ayres. Entre los que la larga plática escuchaban, estaban los dos alcaldes del pueblo, ámbos ancianos, pero no tanto el uno como el otro. Por donde comenzó su arenga el libre cautivo fué diciendo: esta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar mediterraneo, puerto universal de corsarios, y amparo y refugio de ladrones, que de este pequeñuelo puerto que aquí va pintado, salen con sus baxeles á inquietar el mundo, pues se atreven á pasar el plus ultra de las columnas de Hércules, y acometer y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar océano, pensaban estar seguras, á lo ménos de los baxeles turquescos. Este baxel que aquí veis reducido á pequeño, porque lo pide así la pintura, es una galeota de veinte y dos bancos, cuyo dueño y capitan es el Turco, que en la crugía va en pie con un brazo en la mano que

cortó á aquel cristiano que allí veis, para que le sirva de rebenque y azote á los demas christianos que van amarrados á sus bancos, temeroso no le alcancen estas quatro galeras que aquí veis que le van entrando y dando caza. Aquel cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, soy yo que servia de espalder en esta galeota; y el otro que está junto á mí, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fué ménos apaleado. Escuchad, señores, y estad atentos; quizá la aprehension de este lastimero cuento os llevará á los oidos las amenazadoras y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut, que así se llamaba el arraez de la galeota, corsario tan famoso como cruel, y tan cruel como Falaris ó Busiris, tiranos de Sicilia: á lo ménos á mí me suena ahora el rospin, el manahora y el denimaniyoc, que con corage endiablado va diciendo, que todas estas son palabras y razones turquescas, encaminadas á la deshonra y

vituperio de los cautivos cristianos. Llámanlos de judíos, hombres de poco valor, de fe negra y de pensamientos viles, y para mayor horror y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos. Parece ser que uno de los dos alcaldes habia estado cautivo en Argel mucho tiempo, el qual con baxa voz dixo á su compañero: este cautivo hasta ahora parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es cautivo falso; pero yo le exâminaré en lo particular, y verémos como da la cuerda, porque quiero que sepais que yo iba dentro de esta galeota, y no me acuerdo de haberle conocido por espalder de ella, sino fué á un Alonso Moclin, natural de Velezmálaga. Y volviéndose al cautivo, le dixo: decidme, amigo, cuyas eran las galeras que os daban caza, y si conseguisteis por ellas la libertad deseada? Las galeras, respondió el cautivo, eran de Don Sancho de Leyva: la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzáron: tuvímosla despues, porque nos alzamos con una galeota, que

desde Sargel iba á Argel cargada de trigo: venimos á Oran con ella, y desde allí á Malaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia con intencion de servir á S. M. (que Dios guarde) en el exercicio de la guerra. Decidme, amigos, replicó el alcalde, ¿cautivásteis juntos, llevároonos á Argel del primer voleo, ú á otra parte de Berbería? No cautivamos juntos, respondió el otro cautivo, porque yo cautivé junto á Alicante en un navío de lanas, que pasaba á Génova: mi compañero en los percheles de Málaga, á donde era pescador: conocímonos en Tetuan, dentro de una mazmorra hemos sido amigos y corrido una misma fortuna mucho tiempo: y para diez ó doce quartos, que apénas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor alcalde. No mucho, señor galan, replicó el alcalde, que aun no estan dadas todas las vueltas de la mancuerda. Escúcheme, y dígame: ¿quántas puertas tiene Argel, y quántas fuentes, y quántos pozos de agua dulce? La

pregunta es boba, respondió el primer cautivo: tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes que yo no las sé, y tantos pozos que yo no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado me han quitado la memoria de mí mismo: y si el señor alcalde quiere ir contra la caridad cristiana, recogerémos los quartos y alzarémos la tienda, y á Dios aho, que tan buen pan hacen aquí como en Francia. Entónces el alcalde llamó á un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servia de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo quando se ofrecia, y díxole: Gil Berrueco, id á la plaza y trahedme aquí luego los primeros dos asnos que topáredes, que por vida del rey nuestro señor, que han de pasear las calles en ellos estos dos señores cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecos, estando sanos como una manzana, y con mas fuerza para tomar una azada en la mano, que no un corvacho para dar estallidos en

seco. Yo he estado en Argel cinco años esclavo, y sé que no me dais señas de él en ninguna cosa de quantas habeis dicho. Cuerpo del mundo, respondió el cautivo: es posible que ha de querer el señor alcalde que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que por una niñería que no importa tres ardites, quiera quitar la honra á dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar á su magestad dos valientes soldados, que íbamos á esas Italias, y á esos Flandes á romper, á destrozar, á herir y á matar los enemigos de la santa Fe católica que topáramos; porque si va á decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor alcalde, que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios nos vino gana de ver mundo, y de saber á qué sabia la vida de la guerra, como sabíamos el gusto de la vida de la paz. Para facilitar y poner en obra este deseo, acertáron á pasar por allí unos cautivos, que tambien

lo debian de ser falsos como nosotros ahora ; les compramos este lienzo y nos informamos de algunas cosas de las de Argel , que nos pareció ser bastantes y necesarias. Para acreditar nuestro embeleco , vendimos nuestros libros y nuestras alhajas á ménos precio , y cargados con esta mercadería hemos llegado hasta aquí: pensamos pasar adelante , si es que el señor alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hacer es , replicó el alcalde , daros á cada uno cien azotes, y en lugar de la pica que vais á arrastrar en Flándes, poneros un remo en las manos , que cimbreis en el agua en las galeras , con quien quizá hareis mas servicio á su magestad que con la pica. Querráse , replicó el mozo hablador, mostrar ahora el señor alcalde ser un legislador de Aténas , y que la riguridad de su oficio llegue á los oidos de los señores del consejo , donde acreditándole con ellos , le tengan por severo y justiciero , y le cometan negocios de importancia donde muestre su severidad y su justicia : pues sepa el señor alcalde

que *summum jus summa injuria.* Mirad como hablais, hermanos, replicó el segundo alcalde, que aquí no hay justicia con luxuria, que todos los alcaldes de este lugar han sido, son y serán limpios y castos como el pelo de la masa, y hablad ménos, que os será sano. Volvió en esto el pregonero y dixo: señor alcalde, yo no he topado en la plaza asnos ningunos, sino á los dos regidores Berrueco y Crespo, que andan en ella paseándose. Por asnos os envié yo, majadero, que no por regidores; pero volved y traedlos acá, por sí ó por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar de esta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos, que gracias sean dadas al cielo, hartos hay en este lugar. No le tendrá vuesa merced, señor alcalde en el cielo, replicó el mozo, si pasa adelante con esa riguridad. Por quien Dios es, que vuesa merced considere, que no hemos robado tanto, que podamos dar á censo, ni fundar ningun mayorazgo: apénas grangeamos el mise-

ro sustento con nuestra industria, que no dexa de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros. Nuestros padres no nos enseñáron oficio alguno, y así nos es forzoso que remitamos á la industria lo que habíamos de remitir á las manos si tuviéramos oficio. Castíguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la república, los ociosos y valdíos en ella, que no sirven de otra cosa que de acrecentar el número de los perdidos: y dexen á los míseros que van su camino derecho á servir á su magestad con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios: porque no hay mejores soldados que los que se transplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra. Ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo: porque quando se avienen, y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la

paz se sustenta y la república se engrandece. Admirado estaba Periandro y todos los mas de los circunstantes, así de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba, el qual prosiguiendo, dixo: espúlguenos el señor alcalde, mírenos y remírenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seis reales, no solo nos mande dar ciento, sino seis cuentos de azotes. Veamos, pues, si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interes merece ser castigada con afrentas y martirizada con galeras; y así otra vez digo, que el señor alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apasionadamente á hacer lo que despues de hecho quizá le causará pesadumbre. Los jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos: los prudentes y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y entre el rigor y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dixo el segundo alcalde, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha ha-

blado mucho: y que no solamente no tengo de consentir que los azoten, sino que los tengo de llevar á mi casa y ayudarles para su camino, con condicion que le lleven derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes; porque si así lo hiciesen, mas parecerian viciosos que necesitados. Ya el primer alcalde, manso y piadoso, blando y compasivo, dixo: no quiero que vayan á vuestra casa, sino á la mia, donde les quiero dar una licion de las cosas de Argel, tal que de aquí adelante ninguno les coja en mal latin en quanto á su fingida historia. Los cautivos se lo agradeciéron, los circunstantes alabáron su honrada determinacion, y los peregrinos recibiéron contento del buen despacho del negocio. Volvióse el primer alcalde á Periandro y dixo: ¿vosotros, señores peregrinos, traeis algun lienzo que enseñarnos? ¿Traeis otra historia que hacernos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira? No respondió nada Periandro, porque vió que Antonio sacaba del seno las pa-

tentes, licencias y despachos que llevaban para seguir su viage, el qual los puso en manos del alcalde, diciéndole: por estos papeles podrá ver vuesa merced quién somos y adónde vamos, los quales no era menester presentallos, porque ni pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedilla: y así como á caminantes libres nos podian dexar pasar libremente. Tomó el alcalde los papeles, y porque no sabia leer se los dió á su compañero, que tampoco lo sabia, y así paráron en manos del escribano, que pasando los ojos por ellos brevemente, se los volvió á Antonio, diciendo: aquí, señores alcaldes, tanto valor hay en la bondad de estos peregrinos, como hay grandeza en su hermosura. Si aquí quisieren hacer noche, mi casa les servirá de meson, y mi voluntad de alcázar donde se recojan. Volvióle las gracias Periandro: quedáronse allí aquella noche por ser algo tarde, donde fuéron agasajados en casa del escribano con amor, con abundancia y con limpieza.